



Circulación de la Sangre

-Sobre la poesía de Diego Jesús Jiménez-

Miguel Casado

A l principio de *La ciudad*, el primer libro publicado por Diego Jesús Jiménez (1965), se lee: "Volvemos / con menester, como el juglar en llanto, / a nuestra tierra. / Casi / se han convertido en templos / las azadas...". Y al principio de *Bajorrelieve*, aparecido en 1990 tras el largo paréntesis que escinde la obra del poeta, se lee también: "Sobre la vieja rama de la desolación / crece cuanto amo". Entre ambas fechas, estos versos de *Coro de ánimas* (1968) insisten: "Mas no hay nada, / sabed, sólo el vacío habita / nuestra sangre". Así, un tono elegíaco suena a lo largo de toda esta escritura como su acento propio, acogiendo una densa capa de pérdidas, que se suceden y acumulan, y a través de cuyo volumen y consistencia las cosas y los sentimientos van trazando su recorrido, escuchando ecos, apuntando ya el signo del futuro.

Es singular en la poesía de Diego Jesús Jiménez el modo en que la disposición elegíaca constituye el mundo. En los versos citados: "Volvemos / con menester, como el juglar en llanto, / a nuestra tierra. / Casi / se han convertido en templos / las azadas...", puede verse cómo las pérdidas de distinto orden, al superponerse, se solapan y confunden: la memoria personal, la etnología y la antropología, la historia política y la historia del arte aparecen fundidos en una imagen única de pérdida. Y esta especie de armonía en el vacío y la negación, a la vez que se desarrolla y ahonda, genera —como en su envés dialéctico— un fenómeno constructivo: tiende un sistema de *correspondencias*, hace que las palabras y los símbolos que valen para uno de esos campos, multipliquen su poder y lo amplíen, de inmediato, a los otros: "todo / lo que veo pasar, cruzar la plaza en esta noche, / no es otra cosa que mi cuerpo", puede así decirse, o: "Hoy / bien quisiera tener mi cauce / tan hondo y tan vez como el del Júcar, / poner en alto su dolor, / su pan, su vino / como en tinaja propia...".

El trabajo múltiple sobre este tipo de *correspondencias* explica, por ejemplo, la naturalidad con que fluyen símiles y metáforas, o que el constante ejercicio de reiteración resulte

tan rico en matices, o que no se aprecie corte alguno entre lo sensorial y lo reflexivo por mucho que se radicalice cada espacio. Pero, aunque tal transitividad alcanza, a veces, formulaciones clásicamente baudelairianas —"ved cómo bajo cada sonido / de la naturaleza se despierta una nota, crece / una música eterna"—, no desemboca en una poética de signo *simbolista*. Más bien, operan en Diego Jesús Jiménez otras raíces: el clasicismo barroco y su fértil imbricación entre el concepto y la metáfora, o el pensamiento crítico contemporáneo de índole política. Desde ahí, la red de las *correspondencias* teje otros hilos, se ata con otros nudos.

El incesante fluir e intercambiarse de los ámbitos de la realidad y del lenguaje viene a recordar las viejas aporías del movimiento, tal como las formulaban los primeros filósofos griegos, y su pregunta acerca de si el ser y el no ser podían sucederse, generarse mutuamente, transformarse el uno en el otro. Así surge la aguda dimensión temporal de la poesía de Diego Jesús Jiménez, como permanente dinámica de hacerse y dejar de ser, identificarse y perderse, ser todo y no ser nada, una serie sin pausa de vida y muerte, de lugares y épocas. El tiempo no es, entonces, algo que la experiencia introduce, sino algo que la funda a ella: médula de la percepción y la realidad, de la palabra y las cosas; el ritmo agitado de los poemas, la frecuencia de los encabalgamientos y las rupturas, las asimetrías sintácticas, los finales abiertos... no son sino las formas naturales de este *pasar*: "y aceptamos el día de hoy / junto al de ayer, la vida siempre / junto a nuestra ruina". Los habitantes del *interior* —castellanos, aragoneses, extremeños...— conocemos bien cómo esta clase de temporalidad produce una síntesis entre la pregunta acerca de la naturaleza y la pregunta acerca de la historia, cuando mirar hacia fuera es ver "derramarse el tiempo", es decir, la belleza y la ruina, la vida y la aridez, lo propio y lo ajeno.

De ese modo, junto con lo temporal aparece también una primera raíz del sentimiento político, que encuentra otra segunda en el conflicto de la identidad. En efecto, el parpadeo

RESUMEN:

Poeta ganador de algunos de los más importantes premios nacionales; en otras épocas destacado militante comunista; escritor y promotor de publicaciones, Diego Jesús Jiménez es no sólo reconocido en Cuenca sino en el conjunto de la literatura española. Este trabajo del profesor y crítico Miguel Casado sitúa algunas de sus características estéticas. Le acompaña un breve resumen biográfico y bibliográfico.

de ser y no ser alcanza a la constitución del mismo yo: "tienes / la vaga sensación de haber vivido, alguna vez, un tiempo / que no te pertenece"; y en la poesía de Diego Jesús Jiménez lo inestable de este yo desemboca a menudo en un hondo palpito colectivo: "junto al río extendemos / nuestra misericordia, somos / únicos pobres, viajeros / solitarios, repartiendo el exilio..."; se da incluso así en poemas que afectan al espacio cálido y sombrío de la intimidad, de lo amoroso: "propicia es la cintura / del silencio, el abrazo, la espuma / de la boca. Vengan, vengan parejas / de cada mundo, todas / las parejas": lo más íntimo es también compartido, el nosotros trasciende a las personas más próximas, arraiga en la condición humana.

De acuerdo con este *humanismo crítico*, el poema se percibe como un diálogo sostenido, en que se apela a reales o potenciales oyentes, a los personajes, a las cosas del mundo; lo exclamativo y lo interrogativo muestran la tensión que empuja el habla íntima hacia la oralidad, el deseo que impulsa lo reflexivo hacia una respuesta. Bajtin explicaba esta cualidad de la palabra viva y dialógica, constituida como huella de una respuesta futura que la determina y construye; pero el teórico ruso -estudioso de la literatura clásica- reserva esta posibilidad para la prosa excluyendo a la poesía. Quizá es la lección de Eliot lo que Diego Jesús Jiménez tiene en cuenta para superar ese veto y conseguir que su deseo de diálogo cristalice -son términos suyos- como "visión caleidoscópica": "Has ido recogiendo, / como si se tratara de un espejo roto, / cuantos fragmentos de la tarde, y de tu corazón, / componen tu presente". No sólo el poema se inclina hacia un oyente, demandando la voz de un tú, sino también articulado como diálogo de momentos y escenas, con una fragmentación del discurso que le permite modificar sus argumentaciones, cambiar sus estímulos: no construir un razonamiento, sino hacer que se mezclen las voces móviles de su conflicto, de sus tiempos.

Búsqueda, permanente dinamismo son, a fin de cuentas, nombres para la pregunta acerca de la realidad, para el debate entre las palabras y las cosas, que protagonizan los libros de Diego Jesús Jiménez, en especial los dos últimos: "penetrar el palacio / cerrado de las cosas", "vivir el movimiento que habita las palabras", se lee en un poema de *Itinerario para naufragos*. Lo más característico de este debate, junto a su intensidad y apasionamiento reflexivo, es quizá su desarrollo *caleidoscópico* -por seguir acogándome a este término-, es decir, su movilidad y falta de univocidad. Así, puede leerse en textos sucesivos la admiración por la tarea del lingüista: "Juan de Valdés sabía / que las palabras pueden penetrar la materia / y, con su luz diáfana, establecer un orden en su universo helado", y a renglón seguido afirmar que "sólo la sensación / puede nombrar las cosas", rechazando la posibilidad de que lo numérico o lo geométrico las alcancen. Por un lado, el rigor del sabio, con sus alambiques y destilaciones de laboratorio; por otro, las veladuras, la turbiedad o las sombras que "fruto son de la vida". La contundencia de las dos posiciones se integra en una dinámica dialógica, de cuyo seno expulsan todo posible dogmatismo el poder del deseo y la experiencia de la incertidumbre.

En esta dinámica, la búsqueda aparece como un tipo de energía más que como acción destinada a concluir; el fracaso le es necesario para no detenerse: "Has llegado al lugar / donde crecen las flores, mas la flor invisible que en la brisa germina / huirá con tu presencia". Como en la raíz elegiaca de la mirada, en el núcleo del impulso, actúa siempre un vacío, se llame pérdida o fracaso, se llame misterio. Y este predominio emotivo, esta huida de lo preciso del concepto, completan el círculo, volviéndolo a trasladar del espacio

barroco al simbolista: *misterio* o *sueño* son términos que de ahí proceden.

El movimiento de la vida -tal como lo percibe Diego Jesús Jiménez- no traza sólo este sencillo recorrido entre deseo y fracaso; la realidad no es un muro plano ni tampoco un deber que cumplir dócilmente: "La realidad no es nada / si no puede soñarse", se lee en *Fiesta en la oscuridad*. Y el *sueño* aparece como fuerza activa y transformadora, "no como defensa ni como salvación, sino como arma" (*Bajorreleve*), adensándose sus rasgos en el espacio más querido por el poeta, aquél en que el arte compone una música corporal, fluye como la circulación de la sangre. El misterio o la oscuridad son los requerimientos de esta poética -"la espesura del verso, / penumbra iluminada por vocablos oscuros"- que no pretende una respuesta única, sino saber danzar con el compás de un *vitalismo* no dispuesto a desistir: la muerte, asegura un poema, no tiene perspectiva alguna, es ciega y opaca; la vida -en cambio- se puebla de imágenes.

En este lugar, tramado de contradicciones, levantado en el borde del vacío, encuentra sentido el valor que Diego Jesús Jiménez concede a la belleza: doble gesto hecho siempre de "destruir y crear", algo que se manifiesta cuando ya está desvaneciéndose, donde siempre penden un sí y un no. Es una conciencia crítica y una pasión semejantes a las de estas frases de John Berger: "Se encuentre en donde se encuentre, la belleza es siempre una excepción, siempre aparece a pesar de. Por eso nos emociona". ■

Diego Jesús Jiménez. Madrid, 1942

Nació en Madrid por motivos de salud de su madre; pero a los pocos días fue trasladado a Priego (Cuenca), donde vivía su familia y pasó su infancia y adolescencia. Después ha residido en Madrid, manteniendo una fuerte vinculación con Priego, localidad que dio el nombre del poeta a su Casa de Cultura y donde organiza unos cursos de verano sobre poesía.

En los años 60 y 70 dirigió la colección "Alfar", en la Editora Nacional, y en la transición se hizo cargo de las páginas culturales de Mundo Obrero; desde 1983 dirige la revista conqense *Diálogo de la lengua*.

Otuvo dos veces el Premio Nacional de Poesía (en 1968 y 1997), así como el Premio de la Crítica, el Adonais, el Juan Ramón Jiménez y el Gil de Biedma, entre otros.

Obra poética:

- *Grito con carne y lluvia*, Cuenca, 1961.
- *La valija*, Bilbao, 1963.
- *Ámbitos de entonces*, Palencia, 1963.
- *La ciudad*, Adonais, Madrid, 1965.
- *Coro de ánimas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.
- *Fiesta en la oscuridad*, Dagur, Madrid, 1976.
- *Poesía 1961-1976*, prólogo de Pilar Palomo, Anthropos, Barcelona, 1990.
- *Bajorreleve*, Huelva, 1990 (reedición: prólogo de Manuel Rico, Germanía, Alzira (Valencia), 1998).
- *Itinerario para naufragos*, Visor, Madrid, 1996.
- *Iluminación de los sentidos*, *Antología*, estudio preliminar de Manuel Rico, Hiperión, Madrid, 2001.
- *Bajorreleve. Itinerario para naufragos*, edición crítica de Juan José Lanz, Col. Letras Hispánicas, Cátedra, Madrid, 2001.